

Sexo y sexualidad: la identidad sexual

Santiago Frago y Silberio Sáez

Sexólogos
Asesores sexológicos para jóvenes
del CIPAJ (Ayuntamiento)
y de la Universidad de Zaragoza

■ Introducción

Aún cuando el título pueda parecer enrevesado, lo que buscamos es aclarar conceptos con un interés práctico. O dicho de otro modo, conciliar propuestas de rigor científico, sin perder por ello el espíritu divulgativo y didáctico.

Ya en un artículo anterior sobre Respuesta Sexual Humana¹, introdujimos unos ligeros apuntes a cerca del lío conceptual al que el término sexo suele ser asociado. En ocasiones el uso y contenido de este concepto “sexo” es parecido, cuando no idéntico, al concepto “sexualidad”. El hecho de que las diferencias comparativas no estén claras, es porque el contenido de cada uno de estos conceptos, por su cuenta, tampoco lo están.

Analicemos un poco la promiscuidad terminológica con unas frases de botón de muestra.

- *Rellene este cuestionario e indique su **sexo**.*
- *Nos gusta mucho practicar el **sexo**.*
- *“... ella sudaba mientras él acariciaba su **sexo** húmedo ...”*
- *“Últimamente estoy obsesionado con el **sexo**. ¿Seré un adicto?”*

En el primer caso el sexo “que se es” (hombre o mujer); en el segundo el sexo “que se hace” (coito); en el tercer caso el sexo “como genital” (vulva o pene) y, ¿en el cuarto? .

Podemos restar importancia al tema y no enrevesarnos; pero hemos dicho vamos a reflexionar sobre lo que decimos. Imaginen una sola pregunta y las posibles respuestas con estas acepciones: ¿Qué tal con el sexo?

- *“Muy bien, me siento a gusto siendo hombre”*
- *“una vez al mes y por las justas”*
- *“siempre lo llevo bien limpio”*
- *“Es un tema tabú”.*

Rizando el rizo, así las cosas, un taller de “sexo seguro” podría ser:

- Hombres o mujeres adiestrados en autodefensa, con las ideas claras y con el futuro resuelto de cara a incertidumbres económicas y personales.
- Coitos con preservativo para evitar consecuencias.
- Fabricación y reparación (por lo de taller) de bragas y calzoncillos con candado, que guarden a buen recaudo (es decir, seguro) al pene y la vulva.
- ¿Y una agresión sexual?: ¿un hombre que agrede a una mujer? (Independientemente de que la agresión sea en un contacto erótico); ¿Un coito contra la voluntad de otro? (independientemente de que sean hombre o mujer); ¿Golpear a alguien fuertemente con el pene o con la vulva?

No queremos amargar el día a nadie, pero no podemos pasar por alto las acepciones tan diferentes de sexo que se esconden en estas afirmaciones. Todas “entendibles”, por el contexto (diferente en todos los casos) pero teniendo en común un mismo término: “**sexo**”. Si la clave es el “contexto” o es el “sexo”, no es una cuestión banal.

En el primer caso necesitaríamos una nueva ciencia: la “contextología”; que daría cuenta del análisis o enfoque científico de los “contextos”. Pero si la clave es el “sexo”, y no tanto el “contexto”, tal vez la sexología (que ya está inventada) tenga algo que aportar.

La Sexología es la ciencia del sexo. Del **sexo que "se es"** y no del sexo "que se hace" o los "genitales que se tienen". En todo caso, este sexo que se hace, como veremos, es sólo una parcela (la erótica) o un área de trabajo de la sexología "del sexo que se es". Sexo viene de "sexare" que significa separar; ejemplo: "sección".

El hecho de que se confunda sexo que se es, con sexo que se hace; e incluso que esta segunda acepción triunfe y tienda a estar generalizada es más una cuestión de metonimia (tomar una parte por el todo, Danone por yogures); o lo que es peor, este fenómeno es un hecho de colonización (de lo coito-genital) y no de madurez.

La Sexología entiende el sexo que se es (hombre o mujer) y todas sus implicaciones.

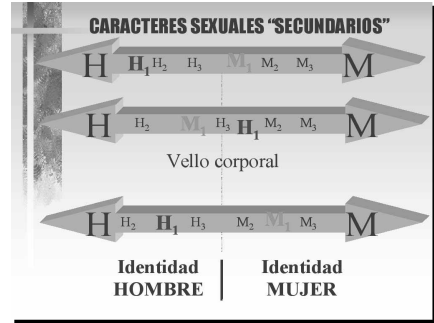
■ Doble planteamiento

Hay una doble expresión de lo sexual (que en ocasiones ha llevado a dos planteamientos): planteamiento dimórfico (dos formas) y planteamiento de intersexualidad (grado). Tan valioso es el uno como el otro, aún cuando el primero pueda parecer más contundente. Sin embargo, el segundo es más habitual de lo que pensamos; y probablemente contenga muchas más claves explicativas de las que creamos.



Los cromosomas (XX o XY), las gónadas (ovario o testículo), los genitales internos y externos (vulva o pene) y la identidad sexual (soy un hombre o soy una mujer) encajan bien en un modelo dimórfico. Sin embargo, el nivel cerebral y neuronal, el hormonal, comportamental, estatura, peso, rol... aceptan mal cualquier planteamiento dimórfico y no por ello dejan de ser "variables claramente sexuales".

La intersexualidad, a diferencia de lo dimórfico, hace referencia a un sexo que se va haciendo en un continuo cuyos polos son dos representaciones (teóricas y "extremas"), de tal forma que el sujeto es un punto, un grado dentro de un continuo. No en el mismo punto que el resto, sino en el mismo continuo que los otros.



■ Aclarando conceptos

Sexo

Aquí tendríamos que hablar de los procesos de sexuación. Aquellos elementos estructurales y estructurantes del sexo. Aquellos que hacen que seamos machos o hembras. Probablemente hablar en los seres humanos de machos y hembras pueda resultar llamativo a la gente "educada"; pero somos mamíferos y como tal somos machos y hembras. De no gustarles siempre pueden intentar abdicar de ser mamíferos; yo no lo he conseguido.

Está constituido por una sucesión compleja de acontecimientos bio-psico-sociales que hace que seamos -y no podamos no ser- seres sexuados: hombres o mujeres. Hablamos pues de acontecimientos sexuantes que finalizan con resultados sexuados.

Aquí hay multitud de niveles que no vienen al caso explicar, pero que cronológicamente se van sucediendo unos a otros (genético, gonadal, genital interno y externo, hormonal, cerebral, de asignación, crianza...).

Como hemos visto estos niveles no siempre se pueden enfocar en sentido dimórfico (dos formas diferenciadas), sino en el intersexual (grado de un mismo continuo). Volveremos sobre ello.

La clave sería que como resultado de todos los procesos de sexuación, acabo siendo de un sexo determinado. Al fin y al cabo este

proceso busca establecer una coherencia entre todos sus niveles para ser "hombre" y "mujer".

Recordemos el planteamiento dimórfico y el intersexual. Tomados uno a uno, no en todos los niveles estoy en el mismo punto ni coincido con todos mis compañeros de categoría (hombre o mujer), incluso puede que en alguno de ellos, analizado de forma independiente (un hombre muy bajito, una mujer muy alta...), esté más cerca del "otro" polo (ejemplos biológicos: estatura, peso, ¿cerebro?, ¿hormonas?). Pero al final, como globalidad, y en busca de una coherencia interna acabo coincidiendo con ellos en el etiquetado de mi identidad de hombre o mujer.

Sexualidad

El concepto de sexualidad hace referencia al modo de sentirse esta condición sexuada (sexo) y a la vivencia subjetiva de esta condición. Mi manera peculiar de ser el hombre o la mujer que soy; en el plano personal y en la medida en que vivo rodeado de otros hombres y mujeres.

Sería como vivo mi realidad de hombre y mujer; y también como me siento orientado hacia los hombres o las mujeres me rodean.

Erótica

Hace referencia a la expresión gestual (conducta que dirían los psicólogos) de la sexualidad. Aquellas producciones, hechos, realizaciones e interacciones a través de las cuales vivenciamos y expresamos que somos sexuados y sexuales.

Una vez que hemos dejado claro la concepción correcta, en el sentido etimológico del concepto sexo, vamos a proponer un paralelismo entre "persona" y "personalidad"; por un lado y "sexo" y "sexualidad", por el otro. El punto de partida es la persona (que todos somos, y en ello coincidimos en tanto categoría humana) y en segundo lugar está la personalidad (diferente y única para cada uno de nosotros).

Para tener personalidad, primero se debe ser persona; para tener una sexualidad, primero se es de un sexo. La "lidad" (personalidad/sexualidad) es lo que "cualitativamente" diferencia aquello que forma parte de un conjunto previo (las personas, por un lado, el sexo por otro).

■ La identidad sexual. Porque soy hombre o mujer

En los procesos de sexuación (suma de niveles que me van construyendo en tanto hombre o mujer puede haber situaciones muy diversas.

En esta evolución y más allá de patologías, puede haber "discrepancias" o "coincidencias". Si la identidad que me doy (me siento hombre o mujer) coincide con la "identidad" sexual que el resto del mundo me asigna, la situación apenas si es percibida por el propio sujeto. Pero cuando la identidad que me doy (me siento hombre) está en clara discrepancia con la identidad que me asignan (me ven y me clasifican como mujer); entonces estamos ante una situación clara de transexualidad. Y para el sujeto, lo más relevante será sin duda lo que "siente" e intentará que los demás le "vean" como el se siente; antes del camino inverso: "sentirme" como los otros me "ven".

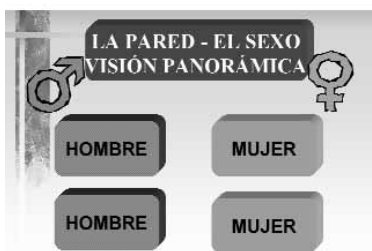
Concretando, en un puro ejercicio competitivo, vale más el "como siento" que el "como me ven"; aún cuando pudiera ser deseable que fuese de otro modo, hablamos de evidencias, más que de "deseos" o cuestiones más o menos políticamente correctas.

Este como "me siento", los sexólogos lo llamamos "egosexuación²". Este resultado del "como me siento", habitualmente coincide con como los demás "me ven"; pero cuando ambos extremos no coinciden, siempre acaba "imponiéndose" lo primero. A modo de juego competitivo, y utilizando el símil del "sexador³ de pollos": cuando me sexo de forma diferente a como me sexan, esto primero tiene más valor.

Pero intentemos explicarlo con un ejemplo más visual

La pared y los ladrillos

De forma metafórica y con un interés didáctico; pensemos por un momento en una pared compuesta por multitud de ladrillos. Cada una de esas paredes (individuos) observadas desde lejos, en su globalidad, sólo pueden ser percibidas de dos únicos colores: rosa o azul⁴; y no existen terceros colores⁵, ni tampoco estados intermedios.



Eso que percibimos es el sexo, que sólo puede dar dos posibilidades: hombre o mujer. En un primer análisis global, todos los individuos, todos, nos distribuiremos en esas dos únicas categorías. Cuando percibimos otras paredes (sujetos) las “sexamos”; cuando percibimos nuestra propia pared nos “sexamos”. Utilizando un símil fotográfico, se trataría de un enfoque de “gran angular” o “panorámico”.

Pero recordemos que cada pared estaba compuesta por multitud de ladrillos (niveles de sexuación⁶, que sumados, conforman la totalidad de la sexuación del sujeto). Esos ladrillos pueden ser de un rosa o azul “puro” (los genitales por ejemplo: podrán ser más grandes o pequeños, pero son o vulva o pene, no hay formaciones intermedias entre ambos: “vulne” o “peva”). Este tipo de ladrillos son lo que los sexólogos llamamos “dimórficos”, es decir, con “dos” formas o posibilidades; bien diferenciadas y sin estados intermedios.

Otros ladrillos, en cambio, pueden tener multitud de matices cromáticos entre el rosa y el azul (el vello corporal por ejemplo: desde la persona con “más vello” hasta la persona con “menos vello” las posibilidades son inacabables); sin embargo, la mayoría de los hombres (pero no todos) estarían más cerca del “más vello” y la mayoría de las mujeres estarían más cerca del “menos vello”. Esto es lo que los sexólogos llamamos intersexualidad. Es decir, ya no hay dos formas como en lo “dimórfico”, sino múltiples posibilidades entre dos extremos. a pesar de ello la mayoría de personas de un sexo se colocan de forma diferente a las del otro.

Cierto que puede haber hombres con poco vello y mujeres con mucho, por ejemplo. La existencia de estas realidades personales, no impide sin embargo, afirmar con rigor científico y estadístico,

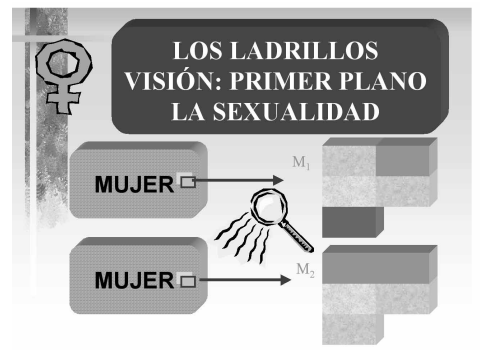
que globalmente los hombres tienen más vello que las mujeres; por tanto, dado que el sexo es lo que “diferencia”, todo aquello que diferencie (aunque no sea al 100%) también será sexo. Llamemos a estos ladrillos “intersexuales”.

Resumiendo, tenemos ladrillos dimórficos (rosa o azul puros) y ladrillos intersexuales (con multiplicidad de matiz cromático del rosa al azul).

Cuando nos acercamos a una pared percibida rosa (sexada “mujer”, por ejemplo) y observamos de cerca y uno a uno sus ladrillos; nos encontramos con que, lo que desde lejos parecía una uniformidad rosa, tiene intercalada algunos ladrillos azules, otros lilas (mezcla de rosa y azul), otros más “tendientes a rosa” (pero no del todo rosa) y otros más “tendientes a azules” (pero no del todo azules). Cierta que la tonalidad predominante es el rosa, pero no por ello deja de haber ladrillos azules y/o, al menos, otros azulados y lilas.

Cambiando pues el enfoque (por seguir con el símil fotográfico) de panorámico o gran angular, a primer plano; lo que parecía uniformemente rosa o azul, deja de serlo.

Hilando más fino: De lejos (sexo) todas las paredes se incluían en dos categorías cromáticas; dos paredes rosas se veían igual. Pero superponiendo una sobre otra y pasando de gran angular a primer plano, vemos que los ladrillos de una y otra pared (que en principio parecían iguales) no coinciden; incluso algunos de sus ladrillos son absolutamente discordantes.



Así mismo, dos paredes diferentes desde lejos (distinto sexo) al superponerlas en primer plano, vemos como en la mayoría de sus ladrillos se distinguen; pero también entre algunos de ellos hay coincidencia absoluta. Paredes rosas con ladrillos azules; y paredes azules con ladrillos rosas.

La pared en formato panorámico es el sexo: sólo hay dos. La pared en formato primer plano es la sexualidad: hay tantas como personas y ninguna coincide con la otra.

Lo que nos gustaría es esbozar una explicación (para uso de comprensión y utilidad personal; esto es lo que llamamos ciencia aplicada) de como se sexúan en rosa o azul alguno de los ladrillos en cuestión; pero evidentemente no tiene porque coincidir con la sexuación de los ladrillos del lector; sí en su mayoría, pero nunca (eso lo garantizamos desde ya) en su totalidad.

E hilando más fino, de nuevo. Todos tenemos ladrillos transexuados⁷, que son curiosamente lo que nos hacen el hombre y la mujer diferente que somos (sexualidad) frente al resto de hombres y mujeres (sexo) con los que coincidimos⁸. Todos tenemos ladrillos (niveles de sexuación) más propios del otro sexo, que no por ello cambian o varían nuestra identidad; sino que hacen que su contenido sea único, peculiar e irrepetible; pero sin dejar de ser de uno sólo de los dos sexos posibles.

Lo que quiere decir, que la biografía sexuada de cada individuo es única. La construcción y articulación de los ladrillos de cada cual nunca "coincidirá" específicamente con la de ningún otro sujeto (sexualidad). Sí que lo hará en el plano global cromático (sexo) pero nunca en la colocación específica del color de cada uno de los ladrillos.

Como ya sugeríamos arriba, supongamos que entre esos ladrillos se encuentra uno que es el de la *egosexuación*⁹; que tiene valor absoluto para la propia percepción y autoetiquetado (autosexuación). La mayoría de las veces el color de este ladrillo es del mismo que la mayoría de los ladrillos que componen la pared. Sin embargo, en raras (en el sentido estadístico) ocasiones este ladrillo es de un color discordante al resto; rosa en una pared azul, o azul en una

pared rosa. Para los observadores externos la pared será rosa, por ejemplo; pero para el propio sujeto, absolutamente mediatizado por el valor “total” del ladrillo de la egosexuación, su percepción será azul. Y eso es lo que solemos llamar “un transexual”.

Alguien que tiene la mala suerte (de nuevo en el sentido estadístico y no en el peyorativo, ni en el patológico) de tener un ladrillo transexuado (como todos los mortales tenemos alguno) justamente en el nivel de la identidad; le acabará “dando” una realidad tan compleja como la “transexualidad”. Algo de lo que el sujeto no podrá escapar, debido a lo insoslayable (para bien o para mal) del sexo y todas sus implicaciones.

Cuando un hombre tiene poco vello o una mujer mucho, también tienen un ladrillo transexuado (un nivel de sexuación transexuado insertado en su biografía); pero puede ser algo menos relevante o incluso, en función de la estética del momento, una gran ventaja¹⁰.



■ Conclusiones

Si vamos teniendo claros estos conceptos: fabricación de ladrillos (lógica de sexuación), pared (sexo), ladrillos (niveles de sexuación), albañilería de distribución peculiar e irreplicable en primer plano de esos ladrillos (sexualidad), percepción general de otras paredes (sexación) y percepción de la propia pared (sexación propia); podremos ir sacando algunas consecuencias esclarecedoras.

Reiteramos por tanto que, aunque el sexo distingue y “diferencia” en sólo dos posibilidades generales, las biografías sexuadas ofrecen tantos resultados como individuos haya. Agarrarse a esto último, para negar aquello primero, es no entender la propia esencia de la lógica de sexuación.

El que en todo proceso general (un ladrillo concreto, o nivel de sexuación) quepan excepciones (riqueza y variedad de las peculiares sexualidades de cada biografía), no excluye la capacidad de dicho proceso o nivel de sexuación para “distinguir” y diferenciar a un sexo del otro.

Y como ciertamente, la discriminación asociada al sexo estaba (y sigue estando) a la orden del día, la fórmula más sencilla es negar la “relevancia” de este sexo. Algo así como matar al mensajero que trae “malas noticias”, creyendo que con ello se podría resolver la coyuntura. Pero una cosa es la diferencia y otra bien distinta la discriminación. Si para evitar esta negamos aquella, es evitar un error con otro error; y dos errores no hacen un “acierto”.

En el próximo número, seguiremos hablando de la orientación sexual (homo o hetero) con los mismos términos científicos con los que aquí lo hemos hecho sobre la identidad. Daremos cuenta de los procesos y fenómenos que dan como resultado la “heterosexualidad” o la “homosexualidad” (aunque en realidad explicaremos que es lo que sucede para que nos atraigan los hombres o las mujeres; el calificar esto como “homo” o “hetero” es algo posterior).

Sabemos que el camino es arduo y que la demagogia y lo políticamente correcto pueden hacer “trizas” todo este planteamiento. Pero este texto es una invitación a la reflexión. Y siendo conscientes de que estas letras texto están dirigidas a los jóvenes, no creemos que la juventud sea incompatible con la reflexión, antes al contrario. Más que buscar el aplauso y la simpatía irreflexiva y acientífica de quien nos lea, creemos que nada mejor que un espíritu juvenil para cuestionar lo “establecido”, más allá de lo “deseable”, del status o del tiempo que esto lleve en vigor.



Bibliografía

- SÁEZ SESMA, J.S (2004). *Los caracteres Sexuales Terciarios. Procesos de sexuación desde la teoría de la intersexualidad*, Revista de Sexología, ed. InCiSex, Madrid.
- AMEZUA, E. (2003). *El Sexo: Historia de una Idea*. Revista Española de Sexología, nº 115-116, Incisex, Madrid.
- LANDARROITAJÁUREGI, J.R. (2000). *Términos, conceptos y reflexiones para una comprensión sexológica de la transexualidad*, Anuario de Sexología, AEPS, Valladolid. Landarroitajáuregi, J.R.



Notas

- 1 SAEZ, S. y FRAGO, S. (2003), La Respuesta Sexual Humana. *Sal de Dudas, nº 1*, ed. Ayuntamiento y Universidad de Zaragoza, Zaragoza.
- 2 Y sin ánimo de liar, los últimos avances nos indican que esta egosexuación, no tiene tanto que ver con la voluntad del sujeto (es decir, no está nada clara que sea un opción, en tanto elección) y parece que tiene más que ver con cuestiones de hormonación prenatal de "algún" núcleo cerebral; que en función de cómo se "sexúe" acaba condicionando una identidad sexual de hombre o de mujer. Si el lector desea indagar más en este aspecto le remitimos a GOOREN y col. (Ámsterdam) que son quienes están ofreciendo los principales avances en esta cuestión, en LANDARROITAJÁUREGI, J.R. (2000) "Términos, conceptos y reflexiones para una comprensión sexológica de la transexualidad", *Anuario de Sexología*, AEPS, Valladolid.
- 3 Sexar significa "etiquetar" sexualmente. Aunque parezca que forzamos el lenguaje; la sexación como tal tiene un significado contundente. Existe la profesión del "sexador de pollos", que, como tal, se ocupa de "separar, distinguir, diferenciar..." a los pollos (seguramente irán destinados a las carnicerías) de las pollas (que a lo mejor tienen más suerte -aunque esto siempre es discutible- y sobrevivan más tiempo poniendo huevos). A efectos cuantitativos y cronológicos, es mucho mejor ser polla que pollo; si lo que se pretende es colaborar con la cadena nutricional lo antes posible, es mejor es ser pollo que polla. Cuestión de puntos de vista.
- 4 En un intento de positivizar los tópicos.
- 5 Sería fantástico que pudiese ser así, pero hablamos de realidades más que de "deseos o ilusiones".
- 6 Algunos niveles de sexuación serían por ejemplo los cromosomas (XX o XY), los genitales externos e internos, el vello corporal, el funcionamiento hormonal, etc... en un sentido más biológico. Pero en un sentido más cultural también lo podrían ser el aspecto, el vestido, el peinado...
- 7 Utilizando el concepto transexuado en la más absoluta positividad y sin ningún carácter patológico.
- 8 Todos somos *persona*, pero tenemos distinta *personalidad*. Todos pertenecemos a un *sexo*, pero tenemos diferente y *única sexualidad*.
- 9 Este concepto hace referencia a lo que su supone que es un centro cerebral, que se sexúa en masculino o femenino durante la etapa prenatal; y parece ser determinante para tener una autosexuación (autoetiquetado) como hombre o mujer.
- 10 En los años 60 y 70 algunos actores utilizaban "postizo" para resaltar el vello del pecho; hoy en día este vello ya no está tan de moda, y es frecuente la depilación del vello del pecho en los varones. Lo que varía es la "calificación" social de una realidad "sexual". Es decir, lo relevante es más la "casualidad o la suerte" que el supuesto valor personal.